

## CAPÍTULO IX.

*Donde se concluye y da fin á la estu-  
penda batalla, que el gallardo Viz-  
caino y el valiente Manchego tu-  
viéron.*

DEXÁMOS en la primera parte desta historia al valeroso Vizcaino y al famoso Don Quixote con las espadas altas y desnudas, en guisa de descargar dos furibundos fendientes (1), tales que si en lleno se acertaban, por lo ménos se dividirían y fenderían de arriba abaxo, y abrirían como una granada: y que en aquel punto tan dudoso paró y quedó destroncada tan sabrosa historia, sin que nos diese noticia su autor donde se podría hallar lo que della faltaba. Causóme esto mucha pesadumbre, porque el gusto de haber leído tan poco, se volvía en disgusto de pensar el mal camino, que se ofrecía para hallar lo mucho, que á mi parecer faltaba de tan sa-

(1) El sustantivo de estos dos adjetivos es *golpes*: lenguaje usado en los libros de caballerías. Así se lee en Amadis: *fendióle fasta la oreja*.

broso cuento. Parecióme cosa imposible y fuera de toda buena costumbre, que á tan buen caballero le hubiese faltado algun sabio, que tomara á cargo el escribir sus nunca vistas hazañas: cosa que no faltó á ninguno de los caballeros andantes de los que dicen las gentes que van á sus aventuras: porque cada uno dellos tenía uno ó dos sabios como de molde, que no solamente escribían sus hechos, sino que pintaban sus mas mínimos pensamientos y niñerías, por mas escondidas que fuesen (1). Y no había de ser tan desdichado tan buen caballero, que le faltase á él lo que sobró á Platir y á otros semejantes. Y así no podía inclinarme á creer, que tan gallarda historia hubiese quedado manca y estropeada, y echaba la culpa á la malignidad del tiempo devorador y consumidor de todas las cosas, el qual, ó la tenía oculta ó consumida. Por otra parte me parecía, que pues entre sus libros se habían hallado tan modernos, como *Desengaños de*

(1) Así el sabio Alquife escribió la crónica de Amadis de Grecia: el sabio Friston la historia de Don Belianis; y los sabios Artemidoro y Lirgandeo la del caballero del Febo: cumpliendo todos con el oficio de puntuales investigadores de las menudencias caballerescas.

zelos, y Ninfas y Pastores de Henares, que tambien su historia debia de ser moderna, y que ya que no estuviere escrita, estaria en la memoria de la gente de su aldea, y de las á ella circunvecinas. Esta imaginacion me traia confuso y deseoso de saber real y verdaderamente toda la vida y milagros de nuestro famoso Español Don Quixote de la Mancha, luz y espejo de la caballería Manchega, y el primero que en nuestra edad, y en estos tan calamitosos tiempos se puso al trabajo y exercicio de las andantes armas, y al de desfacer agravios, socorrer viudas, amparar doncellas, de aquellas que andaban con sus azotes y palafrenes, y con toda su virginidad á cuestas, de monte en monte y de valle en valle: que si no era que algun follon, ó algun villano de acha y capellina, ó algun descomunal gigante las forzaba, doncella hubo en los pasados tiempos, que al cabo de ochenta años, que en todos ellos no durmió un dia debaxo de tejado, se fué tan entera á la sepultura como la madre que la habia parido. Digo pues, que por estos y otros muchos respetos, es digno nuestro gallardo Quixote de continuas y memorables alabanzas, y aun á mí no se me

deben negar por el trabajo y diligencia que puse en buscar el fin desta agradable historia; aunque bien sé, que si el cielo, el caso y la fortuna no me ayudaran, el mundo quedara salto y sin el pasatiempo y gusto, que bien casi dos horas podrá tener el que con atencion la leyere. Pasó pues el hallarla en esta manera.

Estando yo un dia en el Alcana (1) de Toledo, llegó un muchacho á vender unos cartapacios y papeles viejos á un sedero: y como soy aficionado á leer, aunque sean los papeles rotos de las calles, llevado desta mi natural inclinacion, tomé un cartapacio de los que el muchacho vendia, vile con caractéres, que conocí ser arábigos: y puestó que aunque los conocia, no los sabia leer, anduve mirando, si parecia por allí algun Morisco aljamiado (2) que

(1) Calle habitada de mercaderes de seda y merceria.

(2) Los arabes, al modo de los griegos y romanos, llamaron bárbaras á casi todas las demas naciones, y bárbara su lengua, ó su aljama, y al moro ó morisco, que sabia alguna dellas, *aljamiado*. En el poema del Cid (Sanchez: *Poesias Castellanas anteriores al siglo xv*, t. I. p. 331.) se habla de un moro que descubrió á Aben Galbon, rey de Molina, la conjuracion que oyó tramar contra él á los yernos del Cid, y se le llama *latinado*, porque entendia el latin bárbaro que iba degenerando en el romance castellano, que se hablaba en el siglo XI. El mismo Cervantes

los leyese, y no fué muy dificultoso hallar intérprete semejante, pues aunque le buscara de otra mejor y mas antigua lengua le hallara (1). En fin, la suerte me deparó uno, que diciéndole mi deseo, y poniéndole el libro en las manos, le abrió por medio, y leyendo un poco en él, se comenzó á reir. Preguntelé, que de que se reía: y respondiome, que de una cosa que tenia aquel libro escrita en el márgen por anotacion. Dixele, que me la dixese, y él sin dexar la risa, dixo: está, como he dicho, aquí en el márgen escrito esto: *esta Dulcinea del Toboso tantas veces en esta historia referida, dicen, que tuvo la mejor mano para salar puercos, que otra muger de toda la Mancha*. Quando yo oí decir Dulcinea del Toboso, quedé atónito y suspenso, porque luego se me representó, que aquellos cartapacios contenian la historia de Don Quixote. Con esta

---

llama á Agi Morato *mas ladino* que su hija Zorayda, porque entendia mejor que ella la lengua castellana: de modo que lo mismo es aljamiado, que *latinado ó ladino*: esto es, moro que sabe mas lenguas que la suya nativa.

(1) Parece que Cervantes se prometia tambien encontrar algun judio, si se le ofreciera buscar intérprete del hebreo, que es lengua mas antigua que la arabiga.

imaginacion le di priesa que leyese el principio, y haciéndolo así, volviendo de improviso el arábigo en castellano, dixo que decia: *Historia de Don Quixote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Ben-engeli, historiador Arábigo*. Mucha discrecion fué menester para disimular el contento que recibí, quando llegó á mis oidos el título del libro, y salteándosele al sedero, compré al muchacho todos los papeles y cartapacios por medio real: que si él tuviera discrecion, y supiera lo que yo los deseaba, bien se pudiera prometer y llevar mas de seis reales de la compra. Apartéme luego con el Morisco por el claustro de la Iglesia mayor, y roguéle me volviese aquellos cartapacios, todos los que trataban de Don Quixote, en lengua castellana, sin quitarles ni añadirles nada, ofreciéndole la paga que él quisiese. Contentóse con dos arrobas de pasas y dos fanegas de trigo, y prometió de traducirlos bien y fielmente y con mucha brevedad. Pero yo por facilitar mas el negocio, y por no dexar de la mano tan buen hallazgo, le truxe á mi casa, donde en poco mas de mes y medio la traduxo toda del

mesmo modo que aquí se refiere (1). Estaba en el primero cartapacio pintada muy al natural la batalla de Don Quixote con el Vizcaino, puestos en la misma postura

(1) Sin embargo del artificio, con que inventa aquí Cervantes que el autor de la historia de Don Quixote es Cide Hamete Ben Engeli, de cuyo original arabe la tradujo en nuestra lengua otro moro aljamiado, apenas se hallará quien no entienda que el único autor, así del original como de la traducción, es el mismo Miguel de Cervantes, que parece quiso imitar en esto al licenciado Pedro de Luxan en su: *Caballero de la Cruz*, que como ya se dixo (p. 72, not. 2.) finge que el moro Xarton escribió los hechos de aquel caballero cristiano, y que un cautivo de Tunes los tradujo en castellano. Pero lo que merece particular atención es el arte, con que Cervantes supo arabizar su nombre, ocultándole en el de Cide Hamete Ben Engeli, no tanto en el *Cide*, que quiere decir *señor*, ni en el *Hamete*, que es nombre comun entre los moros; sino en el *Ben Engeli*: pues, aunque dice que no sabía leer los caracteres arábigos, se dexa bien entender que en cinco años de cautiverio y trato con los argelinos aprendió muchas palabras de su algarabía, como se manifiesta de las que suelo sembrar en el contexto de esta Historia, y en el de otras obras suyas. *Ben Engeli* quiere pues decir *hijo del ciervo*, ó *cerval*, ó *cervanteño*: todo con alusión al apellido de *Cervantes*. En la pronunciación se desfigura algún tanto esta voz, que debería escribirse *Ben Iggeli*. Atendido su origen *Iggel*, ó *Ejjel* significa *el ciervo*: *Iggeli*, *cosa de ciervo*, *cerval*, ó *cervanteño*: así como de *gebal*, que significa *monte*, se dice *gebali*, ó *jabali*, *cosa de monte*, *el montesino*, ó *el montaraz*. Este descubrimiento y esta erudición se deben á Don Josef Conde, individuo de la Real Biblioteca, y sugeto de conocida pericia en las lenguas orientales.

que la historia cuenta, levantadas las espadas, el uno cubierto de su rodela, el otro de la almohada, y la mula del Vizcaino tan al vivo, que estaba mostrando ser de alquiler á tiro de ballesta. Tenia á los pies escrito el Vizcaino un título que decia: *Don Sancho de Azpeytia*, que sin duda debia de ser su nombre, y á los pies de Rocinante estaba otro que decia: *Don Quixote*. Estaba Rocinante maravillosamente pintado, tan largo y tendido, tan atenuado y flaco, con tanto espinazo, tan ético confirmado, que mostraba bien al descubierto, con quanta advertencia y propiedad se le habia puesto el nombre de Rocinante. Junto á él estaba Sancho Panza, que tenia del cabestro á su asno, á los pies del qual estaba otro rétulo que decia: *Sancho Zancas*, y debia de ser que tenia, á lo que mostraba la pintura, la barriga grande, el talle corto, y las zancas largas: y por esto se le debió de poner nombre de Panza y de Zancas: que con estos dos sobrenombres le llama algunas veces la historia (1). Otras algunas me-

(1) En ninguna ocasion sin embargo, sino en esta, da la historia á Sancho el sobrenombre de Zancas.

mentiras habia que advertir; pero todas son de poca importancia, y que no hacen al caso á la verdadera relacion de la historia, que ninguna es mala, como sea verdadera. Si á esta se le puede poner alguna objecion cerca de su verdad, no podrá ser otra sino haber sido su autor Árábigo, siendo muy propio de los de aquella nacion, ser mentirosos, aunque por ser tan nuestros enemigos, ántes se puede entender haber quedado falto en ella que demasiado. Y así me parece á mí, pues quando pudiera y debiera extender la pluma en las alabanzas de tan buen caballero, parece que de industria las pasa en silencio. Cosa mal hecha y peor pensada, habiendo y debiendo ser los historiadores puntuales, verdaderos, y no nada apasionados, y que ni el interes ni el miedo, el rancor, ni la aficion no les haga torcer del camino de la verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, exemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir. En esta sé, que se hallará todo lo que se acertare á desear en la mas apacible, y si algo bueno en ella faltare, para mí tengo que

fué por culpa del galgo de su autor (1), ántes que por falta del sugeto. En fin su segunda parte (x), siguiendo la traduccion, comenzaba desta manera.

Puestas y levantadas en alto las cortadoras espadas de los dos valerosos y enojados combatientes, no parecia sino que estaban amenazando al cielo, á la tierra y al abismo: tal era el desnudo y continente que tenian. Y el primero que fué á descargar el golpe, fué el colérico Vizcaino, el qual fué dado con tanta fuerza y tanta furia, que á no volvérselo la espada en el camino, aquel solo golpe fuera bastante, para dar fin á su rigurosa contienda, y á todas las aventuras de nuestro caballero; mas la buena suerte, que para mayores cosas le tenia guardado; torció la espada de su contrario, de modo que aunque le acertó en el hombro izquierdo, no le hizo otro daño que desarmarle todo aquel lado, llevándole de camino gran parte de la celada con la mitad de la oreja, que todo ello con espantosa ruina vino al suelo, dexándole muy mal trecho. ¡Válame Dios, y quien será aquel, que buenamente pueda

(1) Del perro moro, como se dice vulgarmente.

contar ahora la rabia que entró en el corazón de nuestro Manchego, viéndose parar de aquella manera! No se diga mas, sino que fué de manera, que se alzó de nuevo en los estribos, y apretando mas la espada en las dos manos, con tal furia descargó sobre el Vizcaino, acertándole de lleno sobre el almohada y sobre la cabeza, que sin ser parte tan buena defensa, como si cayera sobre él una montaña, comenzó á echar sangre por las narices, y por la boca, y por los oídos, y á dar muestras de caer de la mula abaxo, de donde cayera sin duda, si no se abrazara con el cuello; pero con todo eso sacó los pies de los estribos, y luego soltó los brazos, y la mula espantada del terrible golpe dió á correr por el campo, y á pocos corcobos dió con su dueño en tierra. Estábaselo con mucho sosiego mirando Don Quixote, y como lo vió caer, saltó de su caballo, y con mucha ligereza se llegó á él, y poniéndole la punta de la espada en los ojos le dixo que se rindiese, si no que le cortaría la cabeza. Estaba el Vizcaino tan turbado, que no podia responder palabra, y él lo pasara mal, segun estaba ciego Don Quixote, si las señoras del coche, que

hasta entónces con gran desmayo habian mirado la pendencia, no fueran adonde estaba, y le pidieran con mucho encarecimiento, les hiciese tan gran merced y favor de perdonar la vida á aquel su escudero. Á lo qual Don Quixote respondió con mucho entono y gravedad: por cierto, hermosas señoras, yo soy muy contento de hacer lo que me pedis; mas ha de ser con una condicion y concierto, y es, que este caballero me ha de prometer de ir al Lugar del Toboso, y presentarse de mi parte ante la sin par Doña Dulcinea, para que ella haga dél lo que mas fuere de su voluntad. Las temerosas y desconsoladas señoras, sin entrar en cuenta de lo que Don Quixote pedia, y sin preguntar quien Dulcinea fuese, le prometiéron, que el escudero haria todo aquello que de su parte le fuese mandado. Pues en fe de esa palabra, yo no le haré mas daño, puesto que me lo tenia bien merecido.

## CAPÍTULO X.

*De los graciosos razonamientos, que pasaron entre Don Quixote y Sancho Panza su escudero (y).*

YA en este tiempo se habia levantado Sancho Panza algo maltratado de los mozos de los frayles, y habia estado atento á la batalla de su señor Don Quixote, y rogaba á Dios en su corazon, fuese servido de darle vitoria, y que en ella ganase alguna Ínsula de donde le hiciese Gobernador, como se lo habia prometido. Viendo pues ya acabada la pendencia, y que su amo volvia á subir sobre Rocinante, llegó á tenerle el estribo, y ántes que subiese, se hincó de rodillas delante dél, y asiéndole de la mano, se la besó y le dixo: sea vuestra merced servido, señor Don Quixote mio, de darme el gobierno de la Ínsula que en esta rigurosa pendencia se ha ganado, que por grande que sea, yo me siento con fuerzas de saberla gobernar tal

y tan bien como otro que haya gobernado Ínsulas en el mundo. Á lo qual respondió Don Quixote: advertid, hermano Sancho, que esta aventura, y las á esta semejantes, no son aventuras de Ínsulas, sino de encrucijadas, en las cuales no se gana otra cosa, que sacar rota la cabeza, ó una oreja ménos. Tened paciencia, que aventuras se ofrecerán, donde no solamente os pueda hacer Gobernador, sino mas adelante. Agradecióselo mucho Sancho, y besándole otra vez la mano y la falda de la loriga, le ayudó á subir sobre Rocinante, y él subió sobre su asno, y comenzó á seguir á su señor, que á paso tirado, sin despedirse ni hablar mas con las del coche, se entró por un bosque, que allí junto estaba. Seguiale Sancho á todo el trote de su jumento; pero caminaba tanto Rocinante, que viéndose quedar atras, le fué forzoso dar voces á su amo, que se aguardase. Hízolo así Don Quixote, teniendo las riendas á Rocinante, hasta que llegase su cansado escudero, el qual en llegando le dixo: paréceme, señor, que seria acertado irnos á retraer á alguna Iglesia: que segun quedó mal trecho aquel con quien os combatistes, no será mucho, que den

noticia del caso á la Santa Hermandad, y nos prendan: y á fe que si lo hacen, que primero que salgamos de la cárcel, que nos ha de sudar el bopo. Calla, dixo Don Quixote: ¿y donde has visto tú ó leído jamas, que caballero andante haya sido puesto ante la justicia, por mas homicidios que hubiese cometido? Yo no sé nada de omecillos, respondió Sancho, ni en mi vida le caté á ninguno: solo sé, que la Santa Hermandad tiene que ver con los que pelean en el campo, y en esotro no me entremeto. Pues no tengas pena, amigo, respondió Don Quixote, que yo te sacaré de las manos de los Caldeos, quanto mas de la Hermandad. Pero dime por tu vida: ¿has tú visto mas valeroso caballero que yo en todo lo descubierto de la tierra? ¿Has leído en historias otro, que tenga ni haya tenido mas brio en acometer, mas aliento en el perseverar, mas detreza en el herir, ni mas maña en el derribar? La verdad sea, respondió Sancho, que yo no he leído ninguna historia jamas, porque ni sé leer, ni escribir; mas lo que osaré apostar es, que mas atrevido amo que vuestra merced, yo no le he servido en todos los dias de mi vida, y quiera Dios que

estos atrevimientos no se paguen donde tengo dicho. Lo que le ruego á vuestra merced es, que se cure, que le va mucha sangre de esa oreja, que aquí traigo hilas, y un poco de unguento blanco en las alforjas. Todo eso fuera bien excusado, respondió Don Quixote, si á mí se me acordara de hacer una redoma del bálsamo de Fierabras (1), que con sola una gota se ahorraran tiempo y medicinas. ¿Que redoma, y que bálsamo es ese? dixo Sancho Panza. Es un bálsamo, respondió Don Quixote, de quien tengo la receta en la memoria, con el qual no hay que tener temor á la muerte, ni hay pensar morir de ferida alguna. Y así, quando yo le haga y te le dé, no tienes mas que hacer, sino que quando vieres que en alguna batalla me

(1) O fier á bras, esto es: el de los fuertes brazos. Fue un gigante, rey de Alexandria, hijo del almirante Balan, conquistador de Roma y de Jerusalem, y pagano, ó sarraceno, grande enemigo de Oliveros, de quien recibia mortales heridas, de las quales quedaba al punto sano, bebiendo del bálsamo que traia en dos pequeños barriles, que por fuerza de armas habia ganado en Jerusalem, cuyo bálsamo se finge era parte del de Josef Abarimatea; pero habiendo logrado Oliveros sumergir en un caudaloso rio los barriles, venció á Fierabras, que recibiendo despues el bautismo, murio convertido, como refiere Nicolas de Piamonte. (*Historia de Carlo Magno*: cap. VIII. y XII.)

han partido por medio del cuerpo, como muchas veces suele acontecer, bonitamente la parte del cuerpo que hubiere caído en el suelo, y con mucha sotileza, ántes que la sangre se yele, la pondrás sobre la otra mitad que quedare en la silla, advirtiéndole de encaxallo igualmente y al justo. Luego me darás á beber solos dos tragos del bálsamo que he dicho, y verásme quedar mas sano que una manzana. Si eso hay, dixo Panza, yo renuncio desde aquí el gobierno de la prometida Ínsula, y no quiero otra cosa en pago de mis muchos y buenos servicios, sino que vuestra merced me dé la receta de ese extremado licor, que para mí tengo, que valdrá la onza adonde quiera mas de á dos reales, y no he menester yo mas para pasar esta vida honrada y descansadamente. Pero es de saber ahora, si tiene mucha costa el hacerle. Con ménos de tres reales se pueden hacer tres azumbres, respondió Don Quixote. Pecador de mí, replicó Sancho, ¿pues á que aguarda vuestra merced á hacerle, y á enseñármelo? Calla, amigo, respondió Don Quixote, que mayores secretos pienso enseñarte, y mayores mercedes hacerle: y por ahora curémonos, que la

oreja me duele mas de lo que yo quisiera. Sacó Sancho de las alforjas hilas y unguento; mas quando Don Quixote llegó á ver rota su celada, pensó perder el juicio, y puesta la mano en la espada, y alzando los ojos al cielo dixo: yo hago juramento al Criador de todas las cosas, y á los santos quatro Evangelios, donde mas largamente están escritos, de hacer la vida que hizo el grande Marques de Mantua, quando juró de vengar la muerte de su sobrino Valdovinos: que fué de no comer pan á manteles, ni con su muger folgar, y otras cosas, que aunque dellas no me acuerdo (1), las doy aquí por expresadas, hasta

(1) Con efecto no se acordaba Don Quixote, ó afectó no acordarse, de las condiciones del juramento del viejo marques de Mantua. Por si alguno deseara leerle por extenso, se pondra aquí segun se lee en los romances que de este viejo marques se imprimieron en Alcalá: 1608.

*Juro etc.*

*De nunca peynar mis canas,*

*Ni las mis barbas cortar,*

*De no vestir otras ropas,*

*Ni renovar mi calzare,*

*Y de no entrar en poblado,*

*Ni las armas me quitare*

*Sino fuere por una hora*

*Para mi cuerpo limpiare:*

*De no comer en manteles,*

tomar entera venganza del que tal desahogado me hizo. Oyendo esto Sancho, le dixo: advierta vuestra merced, señor Don Quixote, que si el caballero cumplió lo que se le dexó ordenado, de irse á presentar ante mi señora Dulcinea del Toboso, ya habrá cumplido con lo que debia, y no merece otra pena, si no comete nuevo delito. Has hablado y apuntado muy bien, respondió Don Quixote: y así anulo el juramento, en quanto lo que toca á tomar dél nueva venganza; pero hágole, y confirmole de nuevo, de hacer la vida que he dicho, hasta tanto que quite por fuerza otra celada tal y tan buena como esta á algun caballero. Y no pienses, Sancho, que así á humo de pajas hago esto: que bien tengo á quien imitar en ello, que esto mesmo pasó al pie de la letra sobre el yelmo de Mambrino, que tan caro le costó á Sacripante. Que dé al diablo vuestra merced tales juramentos, señor mio, replicó Sancho, que son muy en daño de la salud, y muy en perjuicio de la conciencia. Si no

---

*Ni á mi mesa me asentare  
Hasta matar á Carloto  
Por justicia, ó pelear,  
O morir en la demanda.*

dígame ahora: si acaso en muchos dias no topamos hombre armado con celada; que hemos de hacer? Hase de cumplir el juramento á despecho de tantos inconvenientes, é incomodidades, como será el dormir vestido, y el no dormir en poblado, y otras mil penitencias, que contenia el juramento de aquel loco viejo del Marques de Mantua, que vuestra merced quiere revalidar ahora? Mire vuestra merced bien, que por todos estos caminos no andan hombres armados, sino arrieros y carreteros, que no solo no traen celadas; pero quizá no las han oido nombrar en todos los dias de su vida. Engañaste en eso, dixo Don Quixote, porque no habrémos estado dos horas por estas encrucijadas, quando veamos mas armados que los que viniéron sobre Albraca (1) á la conquista de Angélica la Bella. Alto pues, sea así, dixo Sancho, y á Dios prazga, que nos suceda bien, y que se llegue ya el tiempo de ganar esa Insula, que tan cara me cuesta, y muérame yo luego. Ya te he dicho, Sancho, que no te dé eso cuidado alguno, que quando faltare Insula,

---

(1) Vino, segun Ludovico Ariosto, el rey Marsilio con los 32 reyes sus tributarios, con toda su gente armada.

ahí está el Reyno de Dinamarca, ó el de Sobradisa (1), que te vendrán como anillo al dedo, y mas que por ser en tierra firme te debes mas alegrar.

Pero dexemos esto para su tiempo, y mira si traes algo en esas alforjas que comamos, porque vamos luego en busca de algun castillo, donde alojemos esta noche, y hagamos el bálsamo que te he dicho, porque yo te voto á Dios que me va do- liendo mucho la oreja. Aquí trayo una cebolla y un poco de queso, y no sé quantos mendrugos de pan, dixo Sancho; pero no son manjares, que pertenecen á tan valiente caballero como vuestra merced. Que mal lo entiendes, respondió Don Quixote: hágote saber, Sancho, que es honra de los caballeros andantes no comer en un mes, y ya que coman, sea de aquello que hallaren mas á mano: y esto se te hiciera cierto, si hubieras leído tantas historias como yo, que aunque han sido muchas, en

(1) Reynos caballerescos situados en el mapa imaginario de la crónica de Amadis de Gaula. De la doncella *Dinamarca*, gran confidente de la señora Oriana, y del reyno de Sobradisa, que por una parte confinaba con el de Serolays, y por otra con el mar, se hace frecuente mención especialmente en los cap. 21, y 42.

todas ellas no he hallado hecha relacion de que los caballeros andantes comiesen, si no era acaso, y en algunos suntuosos banquetes que les hacian, y los demas dias se los pasaban en flores. Y aunque se dexa entender, que no podian pasar sin comer, y sin hacer todos los otros menesteres naturales, porque en efeto eran hombres como nosotros, hase de entender tambien, que andando lo mas del tiempo de su vida por las florestas y despoblados y sin cocinero, que su mas ordinaria comida seria de viandas rústicas, tales como las que tú ahora me ofreces. Así que, Sancho amigo, no te congoje lo que á mí me da gusto, ni quieras tú hacer mundo nuevo, ni sacar la caballería andante de sus quicios. Perdóneme vuestra merced, dixo Sancho, que como yo no sé leer ni escribir, como otra vez he dicho, no sé ni lie caido en las reglas de la profesion caballeresca: y de aquí adelante yo proveeré las alforjas de todo género de fruta seca para vuestra merced que es caballero, y para mí las proveeré, pues no lo soy, de otras cosas volátiles (1) y de mas sustancia. No digo

(1) Perdices, pollas etc. Entre cosas volatiles y de sus-

yo, Sancho, replicó Don Quixote, que sea forzoso á los caballeros andantes no comer otra cosa sino las frutas que dices; sino que su mas ordinario sustento debia de ser dellas, y de algunas yerbas, que hallaban por los campos, que ellos conocian, y yo tambien conozco. Virtud es, respondió Sancho, conocer esas yerbas que, segun yo me voy imaginando, algun dia será menester usar de ese conocimiento. Y sacando en esto lo que dixo que traia, comieron los dos en buena paz y compañía. Pero deseosos de buscar adonde alojar aquella noche, acabaron con mucha brevedad su pobre, y seca comida. Subieron luego á caballo, y diéronse priesa por llegar á poblado ántes que anocheciese; pero faltóles el sol y la esperanza de alcanzar lo que deseaban junto á unas chozas de unos cabreros, y así determinaron de pasarla allí: que quanto fué de pesadumbre para Sancho no llegar á poblado, fué de contento para su amo, dormirla al cielo descubierto, por parecerle, que cada vez

tancia encuentra Don Juan Bowle una *contradictio in terminis* como él se explica (*Anotaciones á Don Quixote*: p. 43.) pero esto nace de no distinguir los dos sentidos del adjetivo *volatil*.

que esto le sucedia, era hacer un acto posesivo que facilitaba la prueba de su caballería.

---



---

## CAPÍTULO XI.

*De lo que le sucedió á Don Quixote con unos cabreros.*

Fué recogido de los cabreros con buen ánimo, y habiendo Sancho, lo mejor que pudo, acomodado á Rocinante y á su jumento, se fué tras el olor que despedian de sí ciertos tasajos de cabra, que hirviendo al fuego en un caldero estaban: y aunque él quisiera en aquel mesmo punto ver, si estaban en sazón de trasladarlos del caldero al estómago, lo dexó de hacer, porque los cabreros los quitáron del fuego, y tendiendo por el suelo unas pieles de ovejas, aderezaron con mucha priesa su rústica mesa, y convidaron á los dos con muestras de muy buena voluntad, con lo que tenian. Sentáronse á la redonda de las pieles seis dellos, que eran los que en la majada habia; habiendo primero con grose-